

Escenas políticas

El clavo y la bisagra

Bueno, pues ya tenemos a don Leopoldo Calvo-Sotelo instalado en dos lugares preeminentes, sin contar la Presidencia del Gobierno: la dirección de la UCD y el Museo de Figuras de Cera. A la presidencia de UCD, quizá el señor Calvo-Sotelo llega un poco tarde y al Museo de Cera demasiado pronto. Cuando dimitió don Adolfo Suárez, casi todos creímos que sería bueno para el partido, para el país y para el ejercicio de los hábitos democráticos proceder a la diversificación de cabezas: poner una cabeza al frente del partido y otra cabeza al frente del Gobierno. O sea, una operación de cariocinesis. Los que así pensábamos no teníamos en cuenta seguramente las características especiales de nuestra embriología política. Aquí, en cuanto una célula política se divide, o el embrión separado quiere comerse a la célula madre, o la célula madre quiere devorar a la hija. Repetimos el espectáculo goyesco de Saturno, o de aquel conde Ugolino de quien nos cuenta cosas el Alighieri, o el de esos antropagos que se tragan a sus mayores para adquirir, por ingestión, su experiencia y sabiduría. Podemos soportar la plasmodiéresis del Estado de las autonomías, lo de nación de naciones y lo del poder central y los poderes periféricos, pero no aguantamos mucho tiempo la bicefalia del jefe del Gobierno y del presidente del partido. Total, que hemos tenido que volver a la rienda doble en la mano única. Aquí, toda decisión fundamentada en la lógica, sin tener en cuenta la magia, está condenada a resultar, por lo menos, apresurada.

Lo del Museo de Cera llega quizá demasiado pronto. Para meter en el museo a un presidente del Gobierno habría que esperar al ducado. Pero los cambios políticos, y también el nuestro, siempre tienen prisa por entrar en la Historia, y seguramente por eso a nuestros hombres políticos les entró aquella manía de saludar a todos los días de cada semana con el nombre rimbombante de «fecha histórica». La verdad es que en eso no se diferenciaban mucho de sus antecesores. Como ellos, los políticos, quieren entrar tan deprisa en la Historia, hay que meterlos en seguida en el museo. De ahí que, cuando uno entra en el Museo de Figuras de Cera, le parece que asiste a la constitución de aquel Gobierno de concentración nacional que ya no propone tan frecuentemente don Santiago Carrillo. Allí están todos. Habría que oír las cosas que se dicen cuando llega la noche, en cuanto se quedan solos. Alguna vez tendrá que escribir alguien «Los pactos del museo», obra que no tiene que ser, necesariamente, de terror.

El caso es que ya tenemos a don Leopoldo instalado en esos dos pedestales. No parece que sea la cera, precisamente, el material de que está hecho el nuevo presidente. Así, a primera vista, parecía más moldeable y más derretible, pero el material presidencial va adquiriendo consistencia. Como don Leopoldo Calvo-Sotelo es un político extravagante y extraño que escucha música y mira libros, a lo mejor ha leído las escrituras sagradas, y por eso se ha aprendido tan bien lo de que hay un tiempo para cada cosa. Y está haciendo las cosas, una detrás de otra, con la gothiana inexorabilidad pausada de los mismísimos astros. Al final va a resultar ser un sujeto de difícil sonrisa, de cara de póquer, de estrafalarios «bermoldos», rostro de esfinge y muchísimo cuidado. Voy a ver si encuentro algún personaje parecido en las profecías de Nostradamus, no sé, alguien que pueda realizar los doce trabajos de Hércules con la figura de Buster Keaton.

Ahora que todo el mundo está buscando algún quicio para el partido bisagra y una rendija en el espacio político para meter la cufia de la misma o semejante madera, don Leopoldo ha vuelto a abrir el abanico del Centro y, además, ha dicho que él va a ser el clavo. El clavo parece lo más pequeño e insignificante, lo menos advertible, del abanico y, sin embargo, resulta lo más necesario para que no se desmangarillen las varillas. Don Leopoldo no está tocando la batería en un orquesta de «rock», pero no cesa de dar martillazos en la fragua de Vulcano. Macera, muele, zurce, remienda, recompone y enjareta. Calla y escucha. Va uniendo los hilos de la trama y, además, tiene en suspenso a los personajes. Conserva «in pectore» las decisiones y va derramando bálsamos sobre las heridas, tragando sapos con imperturbabilidad de rumiante, masticando problemas, y lo mismo tiende puentes de plata que lanza silbos amorosos. A lo mejor termina por poner el orden necesario en la jaula de grillos y coloca a cada cual en su sitio.

La operación de desembarco la ha realizado tan bien que ni siquiera los que le han votado y los que han traído el agua a su molino saben lo que va a hacer con el agua y con los votos. Hasta esas cuarenta papeletas en blanco resultan misteriosas y unos se las atribuyen a los suaristas, otros a los extremeños y algunos terceros las interpretan como un silencioso homenaje a don Adolfo Suárez. Con ellas se ha evitado la impresión de unanimidad felipista del Congreso del PSOE, se gana, pero no se arroja, se abre una espita al desfogué y se invita al fundador a que no rompa el carné número uno y se quede en una situación de reserva y en un dorado retiro mientras que las esperanzas cortesanas hacen nacer canas en las sienes de los más astutos y ambiciosos.

Las pretensiones de los bisagristas se ponen más difíciles después de las palabras del señor Calvo-Sotelo en el Consejo Político de UCD. En la frontera con el socialismo no parece que vaya a quedar una franja de tierra de nadie que pueda ser ocupada por una docena de colonizadores, y yo creo que ha sido él quien ha dejado decir eso de que doña Soledad Becerra puede llegar a ministra para que doña Carmela García Moreno empiece a tener dolor de corazón y a hacer propósito de enmienda. Me da la impresión de que don Leopoldo está invitando a todo el mundo a que se quede con él, junto a él y alrededor de él, pero que si alguien se levanta y dice que se va, le da la mano gentilmente, le acompaña a la puerta y se quita el sombrero con mucha cortesía.

Quizá el señor Suárez termine por comprender que un partido nacido de los abrazos apresurados entre diversas gentes que acudían presurosas en socorro del vencedor, todavía tenga que permanecer unido por un clavo que funcione también como resorte del Poder y que su mayor gloria para el futuro puede consistir en haber dado vida, improvisadamente, a un partido que no se derrieta, como un cirio, en cuanto no sea él quien lleve la palmatoria. Yo no sé si el Centro estará destinado a gobernar en España durante ciento siete años. Tampoco es cosa que me produzca demasiada curiosidad, porque eso ya no lo verán mis ojos. Pero cuando don Adolfo Suárez dijo aquello tan cabalístico de los ciento siete años, estaría pensando, digo yo, en que debía ser algo que durara más que una jefatura de Gobierno. Y a esperar el aire del abanico.—Jaime CAMPANY.